

La Administración Biden ante el legado de Trump en Oriente Medio

Rosa Meneses

Periodista de El Mundo especializada en Oriente Medio y Magreb



“America will be back”. Al pronunciar esta frase, en su estreno internacional, el nuevo presidente de Estados Unidos, Joe Biden, hizo los votos para romper con el aislacionismo propulsado por su antecesor, Donald Trump. Era su primera intervención en una cumbre mundial, la Conferencia de Seguridad de Múnich, que se celebró el 19 de febrero de 2021, y Biden quiso hacer toda una declaración de intenciones prometiendo que EEUU estaba de vuelta en la política global. Había pasado apenas un mes desde que tomó posesión y el presidente demócrata quiso dejar claro que, tras cuatro años de decisiones divisivas, el *“America First”* de Trump caía en el olvido para recuperar el papel de EEUU como potencia multilateral. En los días siguientes, Biden multiplicó los gestos para volver a ser parte de la agenda global (reintegrándose en los Acuerdos de París sobre el Clima, por ejemplo), recuperar la maltrecha alianza transatlántica y rediseñar la aproximación de Washington en Oriente Medio. En esta última región es donde Trump ha dejado –si cabe– su legado más envenenado y de ahí que Biden haya empezado su mandato actuando con urgencia para construir nuevos caminos. Los dos primeros volantazos del demócrata se dirigieron hacia Arabia Saudí e Irán y ambas direcciones pueden marcar los pasos de los próximos cuatro años.

*Biden ha
acometido la
recomposición del
tablero
estratégico en
Oriente Medio y
ha multiplicado
sus acciones para
sacudirse la
herencia de
Trump*

En los últimos meses de la Administración Trump, el magnate sacudió el tablero regional. Anunció los acuerdos de normalización de relaciones entre Israel y Emiratos Árabes Unidos, Bahrein y Sudán, así como el reconocimiento de EEUU de la soberanía de Marruecos sobre el Sáhara Occidental, a cambio de que el reino alauí estableciese relaciones diplomáticas con Israel. Pero a estos últimos coletazos a golpe de tuit, le precedieron otros muchos: el apoyo explícito a la anexión israelí de las colonias en Cisjordania; el sostén militar, logístico y político a la intervención de Arabia Saudí en Yemen; la prohibición de entrada en EEUU de refugiados sirios; el abandono del Acuerdo Nuclear firmado con Irán, el restablecimiento de sanciones y el aumento de la presión a través de “asesinatos selectivos” de personalidades del régimen islámico...

En las primeras semanas de Biden como presidente, el demócrata se remangó para acometer la recomposición del tablero estratégico en Oriente Medio y multiplicó sus acciones para sacudirse la herencia de Trump, dejar clara su postura en cuestiones clave y manifestar su oposición a la escalada de *guerras por poderes*, lanzando mensajes a las dos potencias rivales: Arabia Saudí e Irán. Mensajes de que sus políticas serán firmes, dialogantes, pero no blandas. El fin de los conflictos de Siria y Yemen están en la ambición de Biden, pero en este empeño ha dejado claro desde el principio que no le temblará la mano.

La relación con Arabia Saudí, a examen

El 26 de febrero de 2021, casi un mes después de la toma de posesión de Biden como presidente, EEUU publicó el informe íntegro de sus servicios de Inteligencia sobre el asesinato del periodista crítico saudí Jamal Khashoggi. Las conclusiones de la investigación revelaron que el heredero al trono saudí, el príncipe Mohamed bin Salman, “aprobó la operación en Estambul para capturar o asesinar a Khashoggi”. El informe concluye que los agentes saudíes que mataron al disidente no pudieron actuar sin el conocimiento ni la autorización de Bin Salman y, por ende, que no pudieron tampoco llevar a cabo la operación en contra de los dictados del heredero, teniendo en cuenta que reina *de facto* en Arabia Saudí y que es a su vez ministro de Defensa. El documento clasificado señala que MBS –como se conoce al príncipe– opinaba que Khashoggi suponía “una amenaza para el reino” y que “apoyaba la violencia si era necesaria para silenciarle”. El *dossier* prosigue: “Evaluamos que el príncipe heredero de Arabia Saudí, Mohamed bin Salman, aprobó una operación en Estambul, Turquía, para capturar o matar al periodista saudí”. Su conclusión se basa en la certeza de que el príncipe controla la toma de decisiones

en el reino por encima de su anciano y enfermo padre, el rey Salman bin Abdulaziz al Saud. Además, los servicios secretos establecieron conexiones entre “un asesor clave” y “miembros de su equipo de seguridad que participaron en la operación”. EEUU ha identificado a 21 personas que “con alta seguridad fueron cómplices o responsables de la muerte de Khashoggi en nombre de Bin Salman”. Washington anunció entonces que impondría sanciones y prohibiciones de viajar a EEUU a varios ciudadanos saudíes implicados en el caso Khashoggi. Sin embargo, MBS no está incluido directamente en la *lista negra*, en una pirueta diplomática que busca preservar un canal de comunicación y colaboración con el que (más pronto o más tarde) será el rey saudí. “El objetivo es recalibrar el nexo, no romperlo, por los importantes intereses que compartimos”, dijo entonces la Casa Blanca.

Así, el documento, ampliamente airado por los medios de comunicación, exponía un secreto a voces: el fin de la relación privilegiada de MBS con la Administración de Washington. Por un lado, los principales protagonistas de este *idilio*, Donald Trump y su asesor y yerno, Jared Kushner, están fuera de juego. Por otro, MBS ha quedado marginado. Biden ha anunciado que tratará directamente con el rey Salman y no con MBS, que tendrá como interlocutor al secretario de Defensa estadounidense. Ya desde que era candidato a presidir EEUU, Biden se mostró muy crítico con el heredero y señaló que la petromonarquía debía ser tratada como un Estado “paria” por el caso Khashoggi. Finalmente, pese a las evidencias que exponía el informe de los servicios secretos, Biden no castigó directamente a MBS, decisión que causó malestar entre algunos sectores políticos estadounidenses.

La sangre no ha llegado al río. Unas horas antes de que se desvelara el informe de los servicios secretos estadounidenses, el presidente de EEUU mantuvo su primera comunicación con el monarca saudí desde su llegada a la Casa Blanca. Un gesto que marcó la diferencia con los tiempos de Trump. En esa conversación, Biden “afirmó la importancia que le da EEUU a los derechos humanos y el Estado de Derecho”, según revelaron fuentes oficiales. Ambos dirigentes hablaron sobre el conflicto de Yemen, tras suspender Washington el apoyo a las operaciones militares de Riad en este país. Pero, aunque Biden se convirtió en el primer presidente estadounidense en décadas que pone en cuarentena la relación con su aliado saudí, el demócrata le reiteró a Salman el compromiso de EEUU con la defensa del reino, que está en el ADN de la alianza americano-saudí.

Ese vínculo no se rompe, pero la decisión de revelar la mano en la sombra de MBS en el asesinato del periodista, pone de nuevo los derechos humanos en un sitio importante en la agenda internacional de EEUU. Un aviso para que Bin Salman no se exceda en el futuro y modere sus métodos en la purga que abrió tras su ascenso al poder. El atroz

Los últimos gestos de Biden hacia Riad, incluida la publicación del informe de la Inteligencia estadounidense, se espera que sirvan para marcar un nuevo capítulo en las relaciones bilaterales

asesinato de Khashoggi, el 2 de octubre de 2018, en los sótanos del consulado de Arabia Saudí en Estambul por un comando de agentes llegados expresamente del reino sacudió al mundo. Tanto la investigación de Naciones Unidas como de los servicios de Inteligencia turcos y estadounidenses, apuntaron desde el principio a MBS como responsable, algo que Riad siempre ha negado. El cuerpo del columnista de *The Washington Post* nunca fue encontrado. La justicia saudí culpó del asesinato a agentes fuera de control y juzgó en 2019 a los presuntos autores. Cinco hombres fueron condenados a muerte, aunque luego se les conmutó la máxima pena por sentencias a 20 años de cárcel.

Los últimos gestos de Biden hacia Riad, incluida la publicación del informe de la Inteligencia estadounidense, se espera que sirvan para marcar un nuevo capítulo en las relaciones bilaterales, a la vez de un intento de distanciarse de la influencia de Trump en ciertos sectores de la monarquía saudí –y viceversa–, así como una manera de encauzar los canales de la relación a la vía oficialista (Meneses, 2021a). El liderazgo de MBS ha quedado debilitado tras estas últimas acciones de Biden, que tiene en la mira recortar su influencia regional. Los métodos agresivos y represivos de MBS no van con el estilo del demócrata y parece que todos sus gestos están destinados a cortarle las alas al tempestuoso príncipe, que ahora se verá abocado cuanto menos a la discreción. Desde que comenzó su ascenso, en 2015, y se confirmó como príncipe heredero en 2017 en un salto sin precedentes en la línea al trono saudí, Bin Salman se ha transformado de la figura reformista e innovadora -encarnada en su proyecto Visión 2030- al gobernante autoritario que no duda en encarcelar y asesinar disidentes con métodos más propios de sus predecesores. Su futuro reinado ha quedado manchado para siempre por la sangre de Khashoggi.

La marca de nacimiento del próximo monarca saudí se ha ganado la reprobación del principal aliado del reino, EEUU. Sobre las espaldas de MBS no sólo pesa la muerte del columnista crítico, sino la brutal represión emprendida contra los activistas de los derechos humanos, la intervención de Riad en la guerra de Yemen o la incautación de miles de millones de dólares procedentes de las mayores riquezas del país con la excusa de luchar contra la corrupción, pero sin pasar por los tribunales. Hay muchos más Khashoggis. La lista de crueles episodios es larga: el bloqueo contra Qatar o el secuestro del primer ministro libanés Saad Hariri hasta plegarse a sus designios son también obra del todopoderoso Bin Salman.

No podía, por tanto, seguir con las riendas tan sueltas. Con Biden se paralizaron todos los contratos de venta de armamento ofensivo a Riad, con el objetivo de que se pueda detener la guerra en Yemen o,

al menos, la intervención saudí. También los hilos movidos por la Administración demócrata lograron enfriar el conflicto entre Riad y Doha y poner fin, en enero de 2021, al bloqueo que vivía el pequeño emirato desde junio de 2017. MBS ya no puede hacer y deshacer a su gusto porque Washington le va a marcar a partir de ahora las *líneas rojas*. La relación, sin embargo, no peligra, pues es estratégica e histórica. Se remonta a 1945, cuando Roosevelt y el rey Abdulaziz al Saud -abuelo de MBS y creador de lo que es hoy el reino de Arabia Saudí, llamado así en honor a su dinastía- firmaron un pacto de amistad: Al Saud le garantizaba a Washington el acceso preferencial a su petróleo a cambio de protección militar. La alianza perdura, literalmente, a prueba de bombas: ha sobrevivido a seis guerras árabes-israelíes, los atentados del 11-S o la invasión de Irak en 2003.

El momento es importante, sobre todo cuando Arabia Saudí se encuentra en una etapa de debilidad: el petróleo está dejando de ser determinante en la geopolítica mundial. El planeta apuesta por otras fuentes de energía, renovables y ecológicas, y ese cambio de paradigma es también económico y político. Todo ello ocurre, además, cuando es manifiesta la menor dependencia de EEUU del petróleo árabe y la promesa de Biden de impulsar las energías renovables como forma predominante de energía en el futuro.

Lejos quedan los tiempos de la *doctrina Carter*. En 1980, el presidente Jimmy Carter describió los riesgos de perder el acceso al petróleo de Oriente Medio en términos alarmantes. “Un intento por parte de cualquier fuerza exterior de ganar control en la región del Golfo Pérsico será visto como un asalto a los intereses vitales de EEUU. Tal asalto será repelido por todos los medios necesarios, incluida la fuerza militar”. Eran años críticos, tras vivir la crisis de 1973 y la Revolución Islámica en Irán, en 1979. La economía de EEUU dependía fuertemente de las importaciones de crudo y el 29% del oro negro procedía del Golfo Pérsico, algo que continuó siendo así dos décadas después. Pero hoy, entrado el siglo XXI en sus primeros dos decenios, EEUU produce tanto petróleo como el que importa y sólo el 13% proviene del Golfo (Murphy, 2021). Washington compra el crudo más cerca y ahora le llega más desde México que desde Arabia Saudí. El resultado: Oriente Medio ha perdido importancia estratégica a ojos de EEUU. Sin embargo, su política exterior sigue actuando como en tiempos de Carter cuando realmente debería reformar su aproximación para promover la paz y la estabilidad y crear lazos más estables con las nuevas potencias que reconfiguran la política regional bajo el respeto a los valores de los derechos humanos. Dos prioridades han marcado hasta ahora la visión de EEUU hacia las petromonarquías del Golfo: prestarles apoyo en los conflictos por delegación que libran en la región y guardar silencio ante la represión interna. Sin embargo, una política basada en lazos constructivos más que en una alianza

basada en el principio de seguridad –como rige hasta ahora– sería más beneficiosa para construir relaciones con Estados responsables. Y a la larga, redundaría en la estabilidad y la seguridad. Algunos de los primeros pasos para conseguir esto los ha dado Biden al desenganchar a EEUU de la guerra en Yemen retirando el apoyo militar a Arabia Saudí y al tratar de volver al acuerdo nuclear con Irán, algo que también puede redundar en apaciguar Yemen.

La carta iraní

Con una mano se ocupaba de lanzar mensajes a Arabia Saudí para definir sus próximos cuatro años de mandato y con la otra, Biden hacía gestos también a Irán, rival estratégico e ideológico de Riad en la región. Y lo hizo con guiños a un diálogo para reeditar el pacto nuclear firmado en 2015 por el llamado grupo de países 5+1 (los cinco miembros del Consejo de Seguridad de la ONU más Alemania) y que Trump abandonó en 2018. Aunque al mismo tiempo enviaba una señal de firmeza al ordenar un ataque aéreo en el este de Siria contra posiciones de fuerzas chiíes patrocinadas por Teherán. La operación, desarrollada en la madrugada del 25 al 26 de febrero, era la respuesta a un ataque contra una base que alojaba tropas estadounidenses en Erbil (norte de Irak), el 15 de febrero. No es casual que el demócrata concentrara sus ‘comunicaciones’ con Riad y Teherán en las mismas horas.

Biden se desmarcó del estilo unilateral de Trump en su acción militar en Siria, consultando con sus aliados los detalles de la operación

Biden se apoya en su recién reparada relación con Europa para avanzar en las negociaciones con el fin de reengancharse al pacto nuclear. A través de su asesor de Seguridad Nacional, Jake Sullivan, su Administración ha prometido que EEUU se unirá de nuevo al Plan de Acción Conjunta Global (JCPOA, en sus siglas en inglés) si Irán cumple con sus obligaciones en materia de contención atómica. Aunque por el momento la incertidumbre es el sentimiento dominante en el ambiente. Más cuando el resentimiento está muy arraigado entre ambos países y las sanciones de “tierra quemada” (O’Toole, 2021) impuestas por Trump no ayudan a rebajar la tensión. El asesinato, en enero de 2020, del general de la Guardia Revolucionaria Qasem Suleimani, en un ataque estadounidense con drones en el aeropuerto de Bagdad, sigue pesando políticamente en Teherán, que vio cómo una de sus figuras con más proyección era eliminada. Durante semanas se temió un conflicto abierto, pero los movimientos de la República Islámica parecen ir más hacia la venganza fría y delegada. La ejecución selectiva tuvo como víctima colateral las relaciones entre EEUU e Irak, atrapado entre dos aguas: por un lado, el apoyo militar necesario de Washington -que cuenta con unos 5.000 efectivos en el

país- y por otro la creciente influencia de Teherán a partir del fiasco de la invasión estadounidense de 2003 para derrocar a Sadam Husein. Biden se desmarcó del estilo unilateral de Trump en su acción militar en Siria, consultando con sus aliados los detalles de la operación.

Otra dificultad con la que cuentan las negociaciones es que Rusia y China están ahora sometidas también a sanciones estadounidenses y europeas y esto puede poner en riesgo su disposición a convencer a su aliado persa de volver al redil del JCPOA. Además, Irán ha probado su resiliencia y, aunque con una economía en derribo, lejos de ver debilitada su capacidad operativa, ha seguido apoyando militarmente y financiando a sus aliados huzíes en Yemen o a Bashar Asad en Siria o bien desarrollando sus misiles balísticos. Así, incluso entre los demócratas estadounidenses hay voces críticas que expresan temor sobre cómo Biden va a ser capaz de constreñir las capacidades nucleares y las ambiciones regionales si Irán consigue librarse de las sanciones y mejorar su posición financiera. En enero de este año se informó de que Teherán había logrado reanudar el enriquecimiento de uranio al 20% en su planta de Fordo, el mayor porcentaje alcanzado con anterioridad al JCPOA, en un paso quizá destinado a acrecentar el interés de Washington por volver al acuerdo.

Las elecciones presidenciales iraníes de junio supondrán un importante test para calibrar si es posible llegar a una vía de entendimiento. Dentro de Irán, muchas voces políticas creen que el pacto nuclear ha sido un fracaso y no ha traído beneficios al país. En caso de que al actual presidente, Hasan Rohani, le suceda una figura ultraconservadora, las probabilidades de un acuerdo se esfumarán. El mejor escenario para Biden y sus aliados europeos es una vuelta de EEUU al JCPOA tal y como está y no tratar de renegociarlo en una nueva versión. Si finalmente se consigue encauzar de nuevo el acuerdo nuclear con Washington como integrante de nuevo, significaría disminuir la tensión que en los últimos años ha puesto el foco en Irán como enemigo estratégico tanto de Israel como de las monarquías del Golfo, evidenciando que ya no es el conflicto palestino-israelí el que define las relaciones regionales sino la presencia amenazante del régimen de los ayatolás.

Otra forma de desescalar las tensiones regionales es no sólo encauzar el conflicto de Yemen –una *guerra por poderes* entre Riad y Teherán– por la vía del diálogo sino detener la carrera armamentística que se ha desatado con las masivas compras de armas estadounidenses por parte de Emiratos Árabes Unidos o Arabia Saudí. Una reducción de los militares estadounidenses emplazados en el Golfo y de sus costosas y gigantescas bases en Bahrein, Qatar, Arabia Saudí y Kuwait puede

ayudar también a reducir la sensación de Irán de verse bajo amenaza constante y revertir la escalada sin fin para competir cada vez con más recursos militares de uno y otro lado. La reducción del personal militar en la zona ya comenzó en época de Barack Obama. Trump continuó la tendencia anunciando retiradas de Irak, Afganistán y Siria. Además, jugó la carta del *outsourcing*, al delegar la seguridad de sus intereses en Riad y el resto de monarquías del Golfo (Ardemagni, 2020). Biden puede emprender ahora un camino diferente. No es fácil llegar a este punto, pero Estados Unidos posee la capacidad de liderazgo para impulsar un diálogo regional franco que incluya a todas las partes. Aunque eso deba significar poner líneas rojas también a la derecha gobernante en Israel.

El puzzle roto del conflicto palestino-israelí

En el centro de la enorme disrupción que ha significado Donald Trump para Oriente Medio está el conflicto palestino-israelí. El orden regional tal y como se conocía ha quedado trastocado con dos marcas de la casa: el plan de paz para el problema palestino-israelí -bautizado como el *Acuerdo del Siglo*- presentado por la Administración Trump en enero de 2020 y los Acuerdos de Abraham firmados en septiembre de 2020, por los que se establecieron relaciones diplomáticas entre Emiratos Árabes Unidos y Bahrein (luego llegaría un pacto similar con Sudán, en octubre, y con Marruecos, en diciembre). El *cerebro* de todo ello fue el asesor y yerno del magnate, Jared Kushner, cuya visión de una solución se parecía más a una negociación inmobiliaria que a un acuerdo político entre las partes. Porque los Acuerdos de Abraham venían con un pan bajo el brazo. En el caso de EAU, la contrapartida era desbloquear la venta de 50 cazas F-35, convirtiendo al emirato en el primer país árabe en contar con esta tecnología militar. Para Sudán, fue la eliminación de la lista del Pentágono de países que patrocinan el terrorismo y el levantamiento de sanciones. El caso de Marruecos lo veremos más adelante. A diferencia del *Acuerdo del Siglo*, los Acuerdos de Abraham sí se han implantado sobre el terreno y es difícil que haya marcha atrás. Tras ellos, ha cambiado una cosa: el conflicto árabe-israelí ha sido desactivado.

No así el conflicto entre palestinos e israelíes. El paisaje reconfigurado por Trump da pocos incentivos a Israel para iniciar negociaciones de paz con los palestinos, por lo que lo más probable es que se consolide el *statu quo*, al menos a corto plazo (Agha y Khalidi, 2021). Aunque se puede considerar una iniciativa frustrada, ya que ni siquiera ha echado a andar, la aproximación de Trump al conflicto con su plan de paz rompió moldes y desequilibró consensos que serán difíciles de reparar. El primer movimiento de fichas -y declaración de

El paisaje reconfigurado por Trump da pocos incentivos a Israel para iniciar negociaciones de paz con los palestinos

intenciones futuras- fue el anuncio de Trump de reconocer Jerusalén como capital de Israel y trasladar allí la embajada de Estados Unidos. El anuncio, a finales de 2017, provocó que la Autoridad Nacional Palestina rompiera relaciones con Washington. El segundo movimiento de Trump fue reconocer la soberanía israelí sobre los altos del Golán, ocupados desde la guerra del 67 y que Siria reclama. Biden ya ha comunicado que la embajada continuará estando en Jerusalén y que tampoco dará marcha atrás en el Golán. Sí que prevé restablecer relaciones con la Autoridad Nacional Palestina tras reanudar a primeros de abril la contribución estadounidense a la Agencia de la ONU para los Refugiados Palestinos (UNRWA), que Trump cortó en 2018. Las decisiones de Trump sobre Jerusalén y el Golán inclinaron la balanza del lado israelí y con ellas, su tercer movimiento -la presentación del *Acuerdo del Siglo*- ya venía, pues, muy escorado. El plan trasladaba la base política a una de raíz económica, con una lluvia de 50.000 millones de dólares en asistencia e inversiones para los palestinos. Si en anteriores propuestas, la paz llegaba por medio de una negociación política, esta vez el proyecto era unilateral, sin hacer partícipe a la parte palestina en los principios del acuerdo y presentando un diseño ya cerrado. Y había cuestiones que efectivamente dejarían de estar en la mesa, como el retorno de los refugiados palestinos. Trump prometió a Israel la capitalidad en Jerusalén, dando plena vigencia a la ley aprobada por el Parlamento israelí en 1980 que declaraba la ciudad como “capital indivisible de Israel y el pueblo judío”. Aquella ley no fue reconocida por la ONU. Los palestinos aspiran a que la parte este de Jerusalén sea consagrada como la capital de su Estado dentro de la llamada solución de dos Estados. Pero la propuesta de Trump dinamitaba esa idea y concede a los palestinos, como mucho, algunas zonas desglosadas de Jerusalén, como Abu Dis. El documento republicano reconoce a Israel la soberanía en las colonias judías insertadas en Cisjordania, donde vive alrededor de medio millón de colonos. Un cambio radical en la postura internacional, que considera estas colonias contrarias a la legalidad. A cambio, los palestinos crearían su *Estado* en el resto del territorio (el restante 50% de Cisjordania, con trazado discontinuo al estar interrumpido por las colonias, y Gaza) pero con competencias limitadas y sin ejército propio. No en vano, el presidente palestino, Mahmud Abas, calificó la iniciativa de “la bofetada del siglo”. Entre los palestinos, la sensación es que EEUU perdió su estatus de mediador en el conflicto. Biden tendrá que coser esta profunda herida.

La respuesta generalizada árabe a la iniciativa de Kushner fue bastante suave. No hubo oposición frontal y sí palabras vagas. Destacó Arabia Saudí, que dijo “apreciar los esfuerzos de la Administración Trump para trabajar por un plan de paz completo entre las partes palestina e israelí”. Al no mencionar que la iniciativa republicana no lo era, dejaba entrever que tampoco estaba en contra y que se podía

Biden tendrá que invertir muchos esfuerzos para reparar la desconfianza palestina, cortar las alas a la derecha israelí y volver a sentar a palestinos e israelíes en la misma mesa

avanzar en la normalización entre árabes e Israel dejando de lado a los palestinos y sin abordar la cuestión final. El país que mostró mayor preocupación y falta de sintonía con EEUU fue Jordania, que se opuso frontalmente al plan y a los movimientos de Kushner. En ese tiempo el primer ministro israelí, Benjamin Netanyahu, había anunciado su intención de aplicar la ley israelí sobre los asentamientos judíos en Cisjordania -es decir, anexionarse las colonias- y el proyecto de Trump arrojaba lo que entonces parecía inminente. Finalmente, esto no se llevó a cabo porque las elecciones israelíes del 2 de marzo de 2020 impusieron otros discursos y otras realidades. Las consecuencias hubieran sido catastróficas, pues el rey Abdalá II había amenazado con retirarse del acuerdo de paz firmado con Israel en 1994.

Por primera vez desde la firma de los Acuerdos de Oslo de 1993, los esfuerzos diplomáticos de décadas se veían dinamitados y la posibilidad de que toda la estructura creada en torno a este marco se viniera abajo era real. Las autoridades palestinas amenazaron con retirarse de Oslo si Washington seguía adelante con esta iniciativa. Hoy, con una nueva Administración en EEUU, el *Acuerdo del Siglo* duerme en un cajón. Pero la brecha es más profunda y Biden tendrá que invertir muchos esfuerzos para reparar la desconfianza palestina, cortar las alas a la derecha israelí y volver a sentar a palestinos e israelíes a la misma mesa. Por otro lado, quizá la ruptura de planteamientos presentada por la Administración republicana pueda ser un buen punto de partida para la demócrata, en el sentido en que sirva para lanzar un nuevo proceso que implique a todas las partes en igualdad de condiciones y resuelva fracasos pasados afrontándolos con perspectivas limpias. El contexto local, sin embargo, no ayuda. Israel está inmerso en un periodo de inestabilidad política tras haber vivido cuatro elecciones en apenas dos años. El lado palestino -dividido política y territorialmente entre Al Fatah y Hamas desde 2006- se encuentra en descomposición política, con elecciones a la vista y sin lograr encontrar un relevo generacional a líderes desgastados.

Trump diseñó un nuevo orden regional, y aunque lo dejó inacabado y sin construir, ha supuesto un estrés para la política y la diplomacia. Y algunos países aún lo sufren. El ejemplo más claro es Jordania y las tensiones que el país vivió a primeros de abril, cuando se destapó un supuesto "complot para desestabilizar la seguridad" del reino en el que estaba implicado -según las autoridades- el propio hermanastro del rey Abdulá II. El príncipe Hamza fue culpado de establecer contactos con "partes externas" y realizar "movimientos y actividades" con el objetivo de provocar un golpe de Estado contra el monarca. La noche del 3 de abril, Hamza fue puesto bajo arresto domiciliario y en el transcurso de ese fin de semana, 16 personas fueron detenidas. Entre ellas, dos hombres prominentes del reino. Uno, Sharif Hasan bin Zaid, quien ejerció como diplomático en Arabia Saudí. Otro, Basem

Awadala, quien fuera hombre de confianza del rey. Las conexiones de estas dos figuras con Riad hicieron temer que detrás de todo estuviera la sombra del temido Mohamed bin Salman, el heredero saudí. Y MBS siempre se mueve de la mano de su *alter ego* emiratí, Mohamed bin Zayed, verdadero artífice de los hilos que están trastocando equilibrios en la región.

Abdalá –hijo del rey Husein y su segunda esposa, Muna– y Hamza –hijo de Husein y su cuarta y última esposa, Noor– siempre han sido rivales en el trono pero nunca ese antagonismo había sido revelado abiertamente. A la muerte del rey Husein, en 1999, Abdalá II accede a la corona con la condición de que Hamza fuera nombrado príncipe heredero. Así es hasta 2004, cuando el soberano cambia la línea de sucesión para depositarla en su primogénito. El destronado Hamza había tejido vínculos con importantes tribus en los últimos años y recientemente había multiplicado sus críticas contra la “corrupción” instalada en el sistema “en los últimos 15 a 20 años”, casualmente el tiempo que Abdalá lleva reinando (Meneses, 2021c). Parece que ha sido esa proyección de alianzas la que habría motivado a Abdalá a realizar un movimiento preventivo para afianzar su corona y, de paso, la de su hijo, Husein, que a sus 26 años se prepara para darle el relevo como rey. La base tribal es un pilar sobre el que se sustenta la monarquía hachemí y su estructura de Estado. Jordania vive, además, un contexto de reactivación de los movimientos sociales de protesta contra la corrupción en las instituciones y el declive de los estándares de vida, en medio de la crisis del Covid y, en un plano más de fondo, de años de depresión económica. Ante estos dos factores, se produce el golpe de efecto de Abdalá para acallar a un príncipe díscolo. Pero hay más.

Sólo viendo la pronta reacción de todos los países de la zona –irónicamente con Arabia Saudí y Emiratos, a la cabeza– para ponerse del lado de Abdalá II nos da la idea de la importancia estratégica de Jordania pese a que pueda parecer un país políticamente irrelevante y económicamente en decadencia. Porque la desestabilización de Jordania demuestra una vez más que las políticas de Trump han generado un enorme agujero en Oriente Próximo y visibiliza cómo el poder regional está cambiando de manos, reequilibrios que empezaron a gestarse bajo su Administración. Hoy por hoy, Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos han reemplazado a los Estados tradicionalmente de peso en el Mundo Árabe, que han sido Egipto o Jordania, con el conflicto palestino-israelí de fondo desde la segunda mitad del siglo pasado. Ambos eran hasta ahora los dos únicos países árabes que habían firmado la paz con Israel. Jordania, además, con el añadido de que es un país con una amplia base de población palestina naturalizada y con más de dos millones de refugiados palestinos registrados. Ahora que este conflicto ya no es la clave que define los

equilibrios regionales, los poderes se reconfiguran alrededor de los Acuerdos de Abraham.

Jordania y su papel ante Israel y Palestina está sometida a fuertes presiones desde los tiempos de Trump. Abdalá II rechazó el plan de paz que preparó su Administración y defendió lo que hasta entonces había sido un consenso internacional: la solución de dos Estados. Tras la apertura de relaciones bilaterales entre EAU y Bahrein con Israel, Jordania volvió a verse marginada en su papel mediador con el Gobierno israelí. La presión de Bin Salman y Bin Zayed contra Abdalá también se ha dejado sentir en la monarquía hachemí. En los últimos meses de presidencia de Trump se rumoreó mucho con la posibilidad de que Arabia Saudí se uniera a los Acuerdos de Abraham a cambio de alguna gran concesión (Meneses, 2021b). Y la pieza de caza por excelencia para la monarquía de los Al Saud, custodia de los santos lugares de La Meca y Medina –el primero y el segundo más importantes del islam–, es Al Quds, Jerusalén. Allí se alza la llamada Explanada de las Mezquitas, *Al Haram al Sharif*, que alberga los templos de Al Aqsa y La Roca y es considerado el tercer lugar sagrado para los seguidores de Mahoma. Ahora bien, la monarquía hachemí es quien tiene el título de custodio de este enclave. Un importante y simbólico cometido para los fieles del islam que se consagró en el acuerdo de paz firmado en 1994 entre Israel y Jordania, bajo mediación de EEUU, que es reconocido por la propia Autoridad Nacional Palestina y que fue reafirmado por escrito entre las partes veinte años después.

En un solo tuit, el presidente Trump dinamitó todas las resoluciones históricas de Naciones Unidas, toda la jurisdicción internacional sobre la descolonización de los pueblos y décadas de negociaciones frustradas

Las relaciones entre Abdalá II y el primer ministro israelí, Benjamin Netanyahu, (y por ende, entre sus respectivos países) están muy deterioradas, sobre todo desde tiempos de Trump y como hemos visto por sus movimientos en la zona. Y si podían empeorar, lo hicieron a raíz de que el pasado marzo el príncipe heredero Husein tuviera que cancelar un viaje histórico con parada en la Explanada de las Mezquitas de Jerusalén alegando la violación israelí de los protocolos. Según Amán, los israelíes trataron de imponer impedimentos a la entrada de los palestinos en los templos y cambios en el itinerario. Israel alegó desacuerdos en materia de seguridad para proteger al infante hachemí (Al Sharif, 2021). Pero el resultado es que lo que iba a ser una visita histórica, la primera de un miembro de la familia real desde que Jordania firmase la paz en 1994, fue frustrada y con ello una brillante proyección del heredero de Abdalá II. Devolviendo el golpe, Amán le negó permiso a Netanyahu para ir al país y poder abordar un avión privado de Emiratos Árabes Unidos enviado para llevarle de visita a Abu Dhabi y reunirse con el todopoderoso príncipe heredero, Mohamed bin Zayed, en lo que iba a ser un lucimiento para el primer ministro israelí –entonces en campaña electoral– tras la firma de los Acuerdos de Abraham. Es ésta otra fractura que la Casa Blanca tiene a la vista.

La guerra vuelve al Sáhara

El 10 de diciembre de 2020, Trump anunció en Twitter que Marruecos se unía a los Acuerdos de Abraham y establecía relaciones con Israel. Más bien las exponía abiertamente, pues ambos países ya mantenían contactos -como era el caso de los emiratos del Golfo- desde hace años. Valga recordar que el rey de Marruecos ostenta la presidencia del Comité Al Quds, un órgano creado en el seno de la Organización para la Conferencia Islámica cuyas opiniones se han tenido en cuenta en pasadas negociaciones de paz. Pero lo importante venía detrás de este arreglo: la contraprestación era el reconocimiento de EEUU de la soberanía de Marruecos sobre el Sáhara Occidental. Era una ruptura de las resoluciones de Naciones Unidas, que consideran el territorio como “pendiente de descolonización” y, por tanto, a la espera de un proceso de autodeterminación desde que, en 1975, España se retirara de lo que fue su colonia. La marcha de España fue aprovechada por Marruecos y Mauritania (que posteriormente se retiró) para ocupar el territorio. Se inició un conflicto armado contra el Frente Polisario, movimiento que defiende la independencia del Sáhara Occidental. En 1991, la ONU medió un alto el fuego con el compromiso de celebrar un referéndum de autodeterminación en el que el pueblo saharauí decidiera sobre su futuro según dos opciones: independencia o integración en Marruecos. En tres décadas no se ha logrado celebrar la consulta y el contencioso ha permanecido semiolvidado. En un solo tuit, el presidente republicano dinamitó todas las resoluciones históricas de Naciones Unidas, toda la jurisdicción internacional sobre la descolonización de los pueblos y décadas de negociaciones frustradas para, unilateralmente, dictar su particular *pax americana*.

El anuncio de Trump llegaba en terreno abonado por la ruptura, un mes antes, del alto el fuego de 1991. El 13 de noviembre de 2020, el Frente Polisario declaró sin efecto la tregua firmada por mediación de la ONU hacía 30 años y decretó el “estado de guerra”. Era la reacción ante la intervención del ejército marroquí, un día antes, para acabar con el bloqueo de manifestantes saharauis en el paso de Guerguerat, un importante punto del extremo sur del Sáhara que comunica por tierra Marruecos con el África Occidental. Guerguerat es una franja establecida por los Acuerdos del 91 como zona desmilitarizada y su frontera no está reconocida, a falta de un arreglo sobre el futuro del territorio. Pero es un enclave estratégico tanto para Rabat como para el Frente Polisario, por su importancia comercial. Estallaba por los aires un *statu quo* que había mantenido la zona en situación de *no-guerra-no-paz*. Era -y continúa siéndolo- un momento en que las negociaciones para resolver el conflicto están más estancadas que nunca. Sin un enviado especial de la ONU -en mayo de 2019 dimitió Horst Köhler y aún no se ha encontrado sustituto- la frustración hace mella sobre todo entre los saharauis, tras casi medio siglo sufriendo

*Hasta ahora,
ningún país
había reconocido
la soberanía de
Rabat en el
Sahara, territorio
que ocupa desde
1975*

el exilio en el desierto de Tinduf (Argelia), donde se instalaron los campamentos de refugiados. La opción del referéndum es cada vez más lejana y ahora, con los acuerdos rotos, más. Las disputas sobre el censo de votantes que elaboraba la Misión de la ONU para el Referéndum en el Sáhara Occidental (Minurso) terminaron paralizando la votación a finales de los 90. En 2019, Marruecos declaró abiertamente su rechazo a este recurso y confirmó lo que siempre había dejado entrever: que nunca aceptará la independencia del Sáhara Occidental. La consulta se sitúa en un horizonte inalcanzable más cuando ha ido desapareciendo de las propias comunicaciones de la ONU, que en su última resolución sobre el tema abogaba por una “solución política”, paradigma retórico que ya sustituye a la palabra “referéndum” en los argumentarios de los actores implicados: España, Francia... Y así es como paulatinamente, la diplomacia marroquí ha logrado escorar hacia su lado la solución al conflicto. Y la confirmación de todo ello la dio Trump aquel día de diciembre en el que se conmemoraba la adopción de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. “Hoy, he firmado una proclamación reconociendo la soberanía de Marruecos sobre el Sáhara Occidental. La propuesta de Marruecos sería, creíble y realista de una autonomía es la única base para una solución justa y duradera para garantizar la paz y la prosperidad”, rezaba el anuncio en la red social con el que Trump ha sembrado doctrina. Hasta ahora, ningún país había reconocido la soberanía de Rabat en el territorio que ocupa desde 1975. Marruecos es un aliado estratégico de EEUU en el Magreb y se hace difícil que este respaldo vaya a cambiar con otra administración. Biden tiene las manos muy atadas en esta cuestión y el margen de maniobra para reactivar nuevas negociaciones bajo los auspicios de la ONU también se va cerrando. Por el momento, el demócrata arrancó su mandato manifestando su adhesión al derecho internacional y reiterando su apoyo a los esfuerzos de la ONU para encontrar una solución y su respaldo a la vía negociadora. Pero en el momento de escribir estas líneas sigue en el aire si revocará el reconocimiento de Trump, como le pidieron 25 senadores demócratas y republicanos en una carta.

El conflicto ha entrado en una nueva fase violenta. Aún puede decirse que los enfrentamientos son de baja intensidad, pero el conflicto se ha reactivado. Esto ocurre cuando la brutal represión de Marruecos de las reclamaciones en pro de los derechos humanos de la población saharauí en los territorios ocupados supera una convulsa década marcada por el alzamiento de Gdeim Izik. Las ramificaciones del reconocimiento *trumpista* de la soberanía marroquí sobre el Sáhara Occidental pueden exacerbar las tensiones en el Magreb. Por un lado, complican las relaciones ya difíciles entre Rabat y Argel, principal soporte del Polisario. Pero se produce también, no hay que olvidarlo, en un contexto de inestabilidad creciente en el vecino Sahel, donde los grupos yihadistas campan a sus anchas después de encontrar allí

refugio tras su derrota en Siria e Irak. Y con Libia luchando aún por poner fin a una década de conflicto de todos contra todos y lograr establecer instituciones sólidas que den solución a las necesidades de sus ciudadanos. Más zonas pantanosas para Biden.

Conclusión: Biden no es un nuevo Obama

Barack Obama llegó a la Casa Blanca con la promesa de intentar reequilibrar los compromisos de EEUU en un Oriente Medio herido por las políticas destructivas de George W. Bush en el post 11-S y buscó un “nuevo comienzo” en las relaciones. Su visión no estuvo luego a la altura de una buena gestión durante las Revoluciones Árabes, aunque abrazó la retórica democratizadora y negoció un acuerdo nuclear con Irán, que ya es mucho. Algunas políticas del demócrata –como la paulatina retirada militar de EEUU de la región– fueron seguidas y aprovechadas por Trump. Biden tiene ahora una tarea más difícil. Toca redefinir intereses estratégicos en la zona para transformar las fuerzas políticas, económicas e ideológicas que dibujan los vínculos que anclan EEUU a Oriente Medio. Buscar la paz, la seguridad y la igualdad entre Estados donde antes había políticas de confrontación. Su distanciamiento de Trump y de su actitud de *bullying* internacional estaba claro desde el principio pero, tras sus primeros movimientos, también Biden ha establecido equidistancia con respecto a Obama, al utilizar tanto la diplomacia como el recurso de la fuerza militar (Ghitis, 2021; Rich, 2021) maridando valores morales universales y *realpolitik*. Ha comunicado contundentemente a Arabia Saudí sus *líneas rojas*, mientras ha dejado intacta la relación privilegiada al reafirmar el compromiso de EEUU con su defensa. Lo mismo con Israel, con quien ha verbalizado la necesidad de avanzar en la paz con los palestinos al tiempo que aseguraba que personalmente está comprometido con su seguridad. Y su aproximación hacia Irán también parece ir en este doble sentido de buscar destensar la relación a través de la vuelta al pacto nuclear, pero con la advertencia de que no tolerará ataques a los intereses americanos por parte de milicias delegadas.

Oriente Medio no está desgajado del mundo y la geopolítica global también tiene influencia en su geografía. Las políticas erráticas de Trump en Oriente Medio han permitido la entrada con fuerza de China en la región, asentando relaciones comerciales, energéticas y económicas que le han dado pie a establecer nuevos vínculos en materia de seguridad. China comenzó a firmar una serie de partenariados estratégicos en la zona a partir de 2014 –ya en la época de Obama–, con Egipto, al que luego le siguieron Arabia Saudí (2016) y Emiratos Árabes (2018). Con Irán también mantiene lazos estratégicos y es destacable que Pekín es el primer cliente comercial del país persa,

*Oriente Medio
está cambiando
su rostro
mientras EEUU ve
reducida su
capacidad de
influencia en la
región y surgen
nuevos líderes
locales*

incluso en presencia de las sanciones. Si el petróleo mediorienta ya no es un interés vital para EEUU, sí parece cobrar importancia cada vez más para China, dada su creciente demanda energética. Es muy atractivo para los países árabo-islámicos el hecho de que China no juega la carta moral y no reprende en territorio foráneo los comportamientos abusivos de los derechos humanos, esperando el mismo trato. El viaje del ministro de Exteriores chino, Wang Yi, en marzo de 2021 confirma el creciente interés de Pekín en la región y cómo su estrategia de hablar con todos -de Israel a Irán, de Turquía a Arabia Saudí-, aunque sólo sea de negocios, funciona. Así, la rivalidad EEUU-China que empezó a crecer en tiempos de Trump puede tener en Oriente Medio un nuevo escenario con Biden.

Oriente Medio está cambiando su rostro mientras EEUU ve paulatinamente reducida su capacidad de influencia en la región y surgen nuevos líderes locales con su propia visión. Relevo generacional, un cambio de paradigma en el que el conflicto palestino ya no define las políticas árabes, el declive del petróleo como elemento estratégico, el ascenso de Turquía y la influencia creciente de Rusia y China en la zona son elementos a tener en cuenta en el rompecabezas regional. Pero además de todo esto, sigue habiendo intereses económicos, de seguridad -la lucha contra el extremismo y el yihadismo- y cuestiones como la efervescencia social, la democratización pendiente, el cambio climático, la proliferación nuclear o los flujos de refugiados y migrantes que también deben ser abordados. Biden hereda un mundo en plena metamorfosis que es especialmente notable en este trozo de mapa. Si miramos más allá de Trump, podemos ver un reguero de políticas estadounidenses que en las dos últimas décadas han sembrado más inestabilidad: la invasión de Irak, las intervenciones en Libia y Siria, y el estallido de *guerras por poderes*, masivos contratos de venta de armas y apoyo a los dirigentes más agresivos y menos democráticos en aras de preservar a aliados tradicionales como Arabia Saudí o Israel. Si quiere cambiar el cauce de las corrientes que inundan la región, la Administración Biden tendrá que poner en marcha una especie de *perestroika geopolítica* (Hazbun, 2020) y hacer alarde de políticas arriesgadas, atrevidas e imaginativas. En un mundo postpandemia, la cooperación marcará el rumbo del sistema internacional y en ello debe basarse también el papel de EEUU en Oriente Medio más que en promover un orden mundial en el que un puñado de actores privilegiados definan las reglas.

Referencias bibliográficas

Agha, Hussein y Khalidi, Ahmad Samih (2021): "A Palestinian Reckoning. Time for a New Beginning", *Foreign Affairs*, March/April issue, pp. 129-141.

Al Sharif, Osama (2021): "Jordan-Israeli ties on the brink over obstruction of royal visit to holy shrine". *Al-Monitor*, 15 de marzo. Disponible en: <https://www.al-monitor.com/originals/2021/03/king-abdullah-jordan-israel-netanyahu-jerusalem-uae.html>

Álvarez-Ossorio, Ignacio (2020): "Irán y sus crisis superpuestas", en Mesa, Manuela (coord.), *Riesgos globales y multilateralismo: el impacto de la Covid-19, Anuario 2019-2020*, Madrid, Ceipaz, pp. 213-228.

Ardemagni, Eleonora (2020): "The Middle East after four years of Trump: a new order in the making". *Aspen Institute*, 8 de octubre. Disponible en: <https://aspensonline.it/the-middle-east-after-four-years-of-trump-a-new-order-in-the-making/>

Drury, Mark (2020): "Sahrawi Self-Determination, Trump's Tweet and the Politics of Recognition in Western Sahara", *Middle East Report Online*, 22 de diciembre.

Chitis, Frida (2021): "How Biden is setting himself apart from Trump -and Obama- in the Middle East", *Politico*, 3 de febrero. Disponible en: <https://www.politico.com/news/magazine/2021/03/02/how-biden-is-setting-himself-apart-from-trump-and-obama-in-the-middle-east-472413>

Hazbun, Waleed (2020): "Reimagining US Engagement with a Turbulent Middle East", *Middle East Report* 294, Spring.

Indyk, Martin (2021): "The Saudi Test Case. How to Put Values Into Biden's Foreign Policy", *Foreign Affairs*, 10 de marzo.

Lubell, Maayan y Ayyub, Rami (2021): "Analysis: What will survive of U.S.-Middle East policy under Biden?", *Reuters*, 20 de enero. Disponible en: <https://www.reuters.com/article/us-usa-trump-legacy-mideast-analysis-idUSKBN29P1RB>

Mead, Walter Russell (2020): "Trump's Middle East Metamorphosis". *The Wall Street Journal*, 19 de octubre.

Meneses, Rosa (2020): "El nuevo orden estratégico de Donald Trump en Oriente Próximo y el Magreb". *El Mundo*, 12 de diciembre.

Meneses, Rosa (2021a): "Joe Biden marca las líneas rojas a Mohamed bin Salman". *El Mundo*, 26 de febrero.

Meneses, Rosa (2021,b): "Intriga palaciega en Jordania", *El Mundo*, 4 de abril.

Meneses, Rosa (2021c): "El príncipe Hamza desafía al rey Abdalá de Jordania". *El Mundo*, 6 de abril.

Murphy, Chris (2021): "America's Middle East Policy Is Outdated and Dangerous". *Foreign Affairs*, 19 de febrero.

O'Toole, Brian (2021): "Rejoining the Iran nuclear deal, not so easy". *Atlantic Council*, 14 de enero. Disponible en: <https://www.atlanticcouncil.org/in-depth-research-reports/issue-brief/rejoining-the-iran-nuclear-deal-not-so-easy/>

Rich, Ben (2021): "Biden is already carving out a different Middle East policy from Trump -and even Obama", *The Conversation*, 3 de marzo. Disponible en: <https://theconversation.com/biden-is-already-carving-out-a-different-middle-east-policy-from-trump-and-even-obama-156206>